

# Libro de



# Eventos

2007

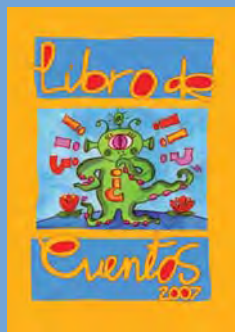


La Suma de Todos

CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER  
**Comunidad de Madrid**

[www.madrid.org](http://www.madrid.org)





**Gabriela Mistral** (llamada realmente Lucila Godoy de Alcayaga) nació en Chile en 1889. Su padre, que era profesor, abandonó a la familia nada más nacer ella y Lucila se crió con su madre y su hermanastra Emelina, 14 años mayor que ella. Durante más de veinte años se dedicó a la docencia, ejerciendo como maestra entre 1904 y 1922 al tiempo que escribía. En 1904 aparecieron sus primeros textos en la revista “El Coquimbo”. A partir de ahí, firmó sus escritos con el nombre de Gabriela Mistral, como recuerdo al escritor Federico Mistral que influyó mucho en su forma de escribir. Su estilo poético comenzó siendo modernista aunque, posteriormente, escribió de forma más sencilla y lírica. “*Sonetos de la muerte*” es el libro que la sacó del anonimato al ganar en 1914 el primer premio en los Juegos Florales de Santiago de Chile. Posteriormente, la obra “*Desolación*” (1922) la convirtió en la escritora en lengua hispana más importante de su época.

A partir de 1925 ostentó distintos puestos diplomáticos representando a Chile en distintos países. En sus viajes le acompañaba su sobrino Juan Miguel Godoy, al que había adoptado, y cuya temprana muerte en 1943 le afectó profundamente.

Uno de los momentos más importantes de su carrera literaria fue, en 1945, su distinción como Premio Nobel de Literatura. Entre sus obras más importantes destacan, entre otras, “*Ronda de niños*” (1923), “*La oración de la maestra*” (1930) o “*Lagar*” (1954). En 1957, cuando contaba 67 años, murió a causa de una enfermedad en la ciudad norteamericana de Nueva York.



10<sup>o</sup> Concurso  
de  
Cuento  
No-sexista

“Gabriela Mistral”

2007



La Suma de Todos



CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER  
**Comunidad de Madrid**

[www.madrid.org](http://www.madrid.org)



## Presentación

Una de las claves fundamentales para alcanzar la igualdad real entre mujeres y hombres es la transmisión de este valor en la infancia. Vamos por la décima edición de unos premios que contribuyen a la superación de prejuicios y estereotipos de género, y a la promoción de una literatura infantil que quiere ser un vehículo para consolidar el principio de igualdad entre niñas y niños.

Los cuentos construyen con las palabras pequeñas historias, que con su variedad de tonos y registros, nos pueden conectar con la realidad más cercana o con la imaginación más desbordante, pero en todo caso, son una forma de transitar por las distintas maneras de ver el mundo. Han sido y siguen siendo un gran instrumento de comunicación como piezas narrativas que nos sirven para “contar” cuáles son nuestros valores, y para llevar nuestros mensajes, de una forma sencilla, a todos aquellos que los leen y escuchan.

En esta ocasión, rendimos homenaje a la chilena Gabriela Mistral, una de las nueve mujeres Premio Nobel de Literatura y una de las más grandes poetisas de

la lengua española. Como educadora escribió: *“Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra”*, y como escritora, defendió con pasión el derecho a la educación de las mujeres.

Es una de las figuras hispanoamericanas de mayor prestigio internacional, y con ella también compartimos que: *“Si no realizamos la igualdad y la cultura dentro de la escuela, ¿dónde podrán exigirse estas cosas?”*.

El Concurso de Cuento No-sexista premia aquellos relatos, que además de tener calidad narrativa, están elaborados con un soporte conceptual que comparte uno de los ejes fundamentales de nuestro trabajo, esto es, avanzar en la igualdad real entre hombres y mujeres. En esta ocasión además de los tres premiados, también se ha otorgado una mención especial por su originalidad, a un cuarto autor.

Desde la Consejería de Empleo y Mujer, felicito a los galardonados y estoy segura de que la lectura de estos cuentos, nos ayuda a dar un paso más hacia una sociedad más equitativa entre mujeres y hombres.

**Paloma Adrados Gautier**  
Consejera de Empleo y Mujer  
de la Comunidad de Madrid



# Índice

8

*Estis terrícolas estan turulatis*

1º premio

María del Carmen Gil Luezas

22

*Asamblea de Tiemarai*

2º premio

Demetrio González Cordero

34

*Un aire llamado libertad*

3º premio

Teresa Núñez González

48

*Los ratos*

Accesit

José Francisco Antón López



Ilustraciones de Carmen Sáez Díaz

Diseño Gráfico • Graciela Varela Vázquez

# “Éstis terrícolas están turulatis”



*stis* terrícolas están *turulatis!*, es lo primero que pensé cuando os conocí. Permíteme que me presente, me llamo Uwiwi y soy del planeta Neutrín. Soy lo que llamáis un marciano y sé lo que estáis pensando, ¡qué *curiosis* sois los terrícolas!... Efectivamente, soy verde, tengo tres antenas, un solo ojo de color morado y las extremidades y el rabo lleno de ventosas... en fin, soy un alienígena de lo más normal.



Viajaba en misión especial por vuestra Galaxia, cuando mi nave se estropeó; por suerte pude aterrizar en el planeta Tierra. No sabía cuándo podría regresar a Neutrín, ni sabía si la llamada de s.o.s. habría llegado a La Central, así que tenía que seguir el manual de instrucciones de supervivencia para estas situaciones, y para eso contaba tan sólo con la ayuda de “Arrobaca” (@K), mi ordenador personal instalado dentro de una de mis antenas.



Lo primero que tenía que hacer para no llamar la atención era cambiar mi aspecto y ese fue mi primer problema. Según @K en la tierra hay dos formas humanas, lo que se llama dos sexos diferentes, tenía que ser hombre o mujer y no tenía ni idea de qué elegir. Lo eché a suertes y me tocó ser hombre. Acto seguido tenía que elegir un nombre terrestre y, como en este planeta tenéis más nombres que estrellas en la galaxia, elegí uno al azar de una lista interminable. Mi nombre terrestre elegido fue ROSA.

Una vez cambiada mi forma “*neutrense*” por una forma humana, según el manual de instrucciones, debía dirigirme a un lugar donde hubiera personas y “hacer amigos”; para eso tenía que “hablar, jugar y bromear” con ellas.

Encontré un jardín muy grande llamado parque, donde jugaban personas pequeñas, llamadas niños-niñas y adolescentes; ese sería mi objetivo. Entonces mi cuerpo terrestre menguó

para ser del mismo tamaño que los niños-niñas y segundos después tuve mi primer contacto con terrícolas.

–¡Hola! –saludé amigablemente–. Me llamo ROSA y me gustaría jugar con *vosotris*.

–¡Ja, ja, ja... ja! –todos se empezaron a reír.

–¿Te llamas ROSA y eres un chico? –alguien preguntó.

–Afirmativo –respondí.

–Pero si ROSA es un nombre de chica. ¿Eres de otro país? –volvieron a preguntar.

Al instante @K me avisó de que me podían descubrir, así que disimuladamente me largué de allí.

Por lo visto ROSA no era un nombre adecuado para mi aspecto de niño. Había metido la antena hasta el fondo; mi nombre era incorrecto. @K me informó del concepto “género” y sus reglas. En la Tierra, usáis dos géneros:



masculino y femenino. Chico es de género masculino y las palabras acaban en “o”; y chica es de género femenino y las palabras acaban en “a”; en el plural predomina el masculino. Para mí era algo complicado de entender porque en mi planeta no existe el género. En el planeta Neutrín, hablamos neutro; usamos las vocales indistintamente menos en el plural que siempre usamos la “i”, porque de las cinco vocales es la que está en el centro.

Según las reglas, si yo era un chico mi nombre tenía que acabar en “o”. Consulté de nuevo la lista de nombres propios: Abel, Adán, Adela... Adrián,



observé que algunos nombres acaban en otras letras y no sabía a qué género pertenecían,... Agapito, Agustín, Alejandro, Alicia... Amador, Amparo, éste me gustó; ya tenía nombre de chico. Decidí llamarme AMPARO.

Volví al parque. Había muchos terrícolas jugando con una cosa esférica llamada bola o





pelota si es chica y balón si es chico. Antes de presentarme, @K me informó de las normas del juego a practicar llamado fútbol. Llevé a cabo mi segundo encuentro con terrícolas:

–Hola me llamo AMPARO y me gustaría jugar a fútbol con *vosotris*.

–¡Ja, ja, ja... ja!– todos se empezaron a reír igual que la primera vez.

–Qué raro eres –dijo un terrícola–. Bueno, si quieres jugar espera en el banquillo tu turno.

–OK, *cara-cula* o *caro-culo* –respondí sonriendo para resultar gracioso y simpático.

–¿Cómo has dicho? –respondió el terrícola adolescente mirándome con mala cara; mi broma no parecía ser correcta.

–Es que, como no sé tu sexo ni tu nombre, no sé cómo llamarte para ser tu *amigui* –respondí.

–¡Qué raro eres! –volvió a repetir esta vez con buena cara–. Me llamo RAQUEL y esta claro que soy una chica –respondió la terrícola.

Para mí no estaba ni claro ni oscuro. Todos los chicos y chicas me parecían iguales, pero entendí que los nombres acabados en “el” eran de chica. @k me dio más información de nombres de chica: Fidel, Isabel, Manuel, Miguel, Rafael, Samuel...

En esto se me acercó otro terrícola; empezaba a ser divertido descubrir si era chico o chica.

–Hola, ¿vas a jugar? –me preguntó mientras se sentaba a mi lado.

–Sí– respondí, y pensé “sí” es una palabra neutra, bonita y sencilla.

–Yo también –respondió–. Me llamo ROCÍO, ¿y tú? –evidentemente pensé que era un chico.

–Yo me llamo AMPARO

–¡AMPARO!, ¿no es un nombre de chica?

–No. Es nombre de chico, no escuchas que acaba en “o”.

–Bueno ROCÍO acaba también en “o” y por supuestísimo que es nombre de chica.

IRENE ROCIO  
ROSA RAQUEL

MARÍA JOSE

JOSE MARÍA



Pensé *estis* terrícolas están *turulatis*. @K me dio una información que yo repetí:

–Pues “rocío” es una palabra del género masculino; “el rocío” son las gotitas de agua que se depositan durante la noche sobre la tierra o las plantas... y “el amparo” es proteger...

–Corta el rollo –me interrumpió–, ya veo que sabes mucho pero te pongas como te pongas, ROCÍO y AMPARO son nombres femeninos.

–Definitivamente *estis* terrícolas están muy *turulatis* –murmuré.

Mientras esperaba mi turno para jugar al fútbol, observé que un terrícola, al que llamaban JOSÉ MARÍA, era el que metía más goles. Tenía dos nombres: José y María; y no sé si dos sexos. Según @K no existían personas de dos sexos, pero JOSÉ MARÍA jugaba tan bien que yo creí que tenía dos sexos y por eso era más completo y jugaba mejor. Decidí llamarme yo también con dos nombres y así tener dos sexos y jugar mejor.

Esta vez, para no meter la antena, elegí dos nombres que no acabaran ni en “a” ni en “o”, la lista era mucho más corta.

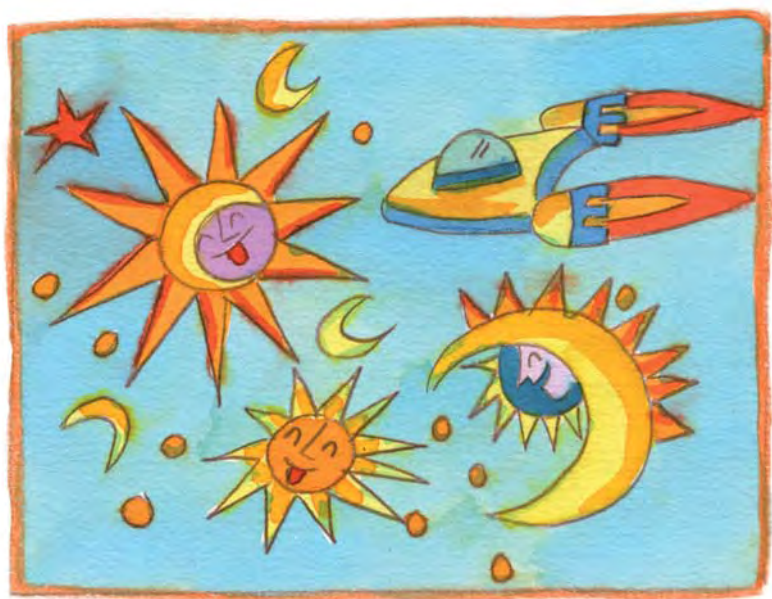
–¡Me he cambiado el nombre! –grité–. Ahora me llamo “IRENE ARACELI” y quiero jugar con *vosotris*.

Esta vez las risas fueron más fuertes que las otras veces; ¡no paraban de reírse de mí!

–¡Vaya nombre que te has puesto! ¿No te da vergüenza?; ¡si eres un chico! –gritaban todos.

–¡YA ESTÁ BIEN! –exclamé. Entonces mi voz se volvió profunda y ronca. Descubrí mi aspecto alienígena. Todos se quedaron pálidos e inmóviles al contemplarme. Mis ventosas se inflamaron dándome un aspecto aún más extraño. Nadie podía escapar porque mi gran ojo morado les hipnotizaba manteniéndoles petrificados.

–¡Estáis *turulatis*! –comencé a decir– ¿Por qué un chico no se puede llamar Rosa, Amparo o Araceli? La rosa es una flor y el rosa es un color.



¿Por qué una chica no se puede llamar Abel, Miguel o Ezequiel y si puede llamarse Raquel? ¿Por qué José María es nombre de chico y María José de chica? Está bien que haya dos géneros: masculino y femenino, pero existe otro género que no es ni masculino ni femenino: el neutro,... y otro que es masculino y femenino a la vez: el unisex. ¿Por qué hay que hablar en masculino cuando se habla en plural?



–Tienes razón– contestó ROCÍO– pero, qué quieres que hagamos, ¿hablar sólo con la “i”?

–No se trata de hablar con la “i”– respondí–  
Vuestro lenguaje es asombrosamente rico en formas y palabras; es una lengua maravillosa. Tan sólo se trata de tener menos prejuicios.

–Es verdad –dijo JOSÉ MARÍA– puedes llamarte Rosa, Araceli o como te de la gana...

Todos los terrícolas que estaban allí asintieron.  
En ese momento @k recibió una señal de Neutrín. Venían a recogerme.

–¡He de irme!... recordad: si alguien se llama de una forma diferente sed más tolerantes y menos *turulatis*.

Desaparecí igual que llegué, en un instante...  
pero espero haber dejado en *aquellis pequeñis* terrícolas un recuerdo para la eternidad.

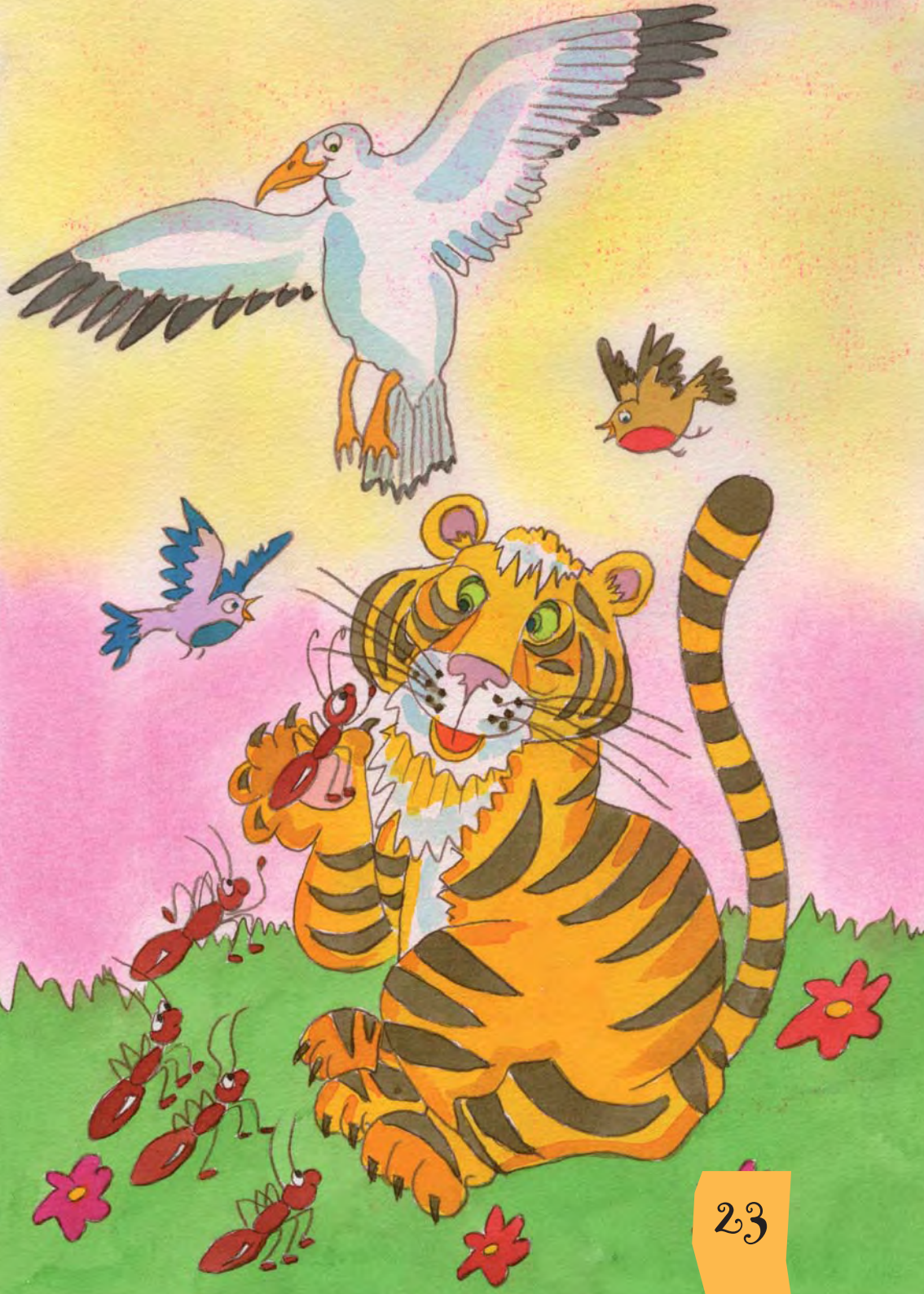
Uwīwī

# La Asamblea de Tiemarai



quel día el Diario Conjunto de Tierra, Mar y Aire (*Diadetiemarai*) publicaba en su primera página un anuncio. Se trataba de un pequeño recuadro, marcado como Publicidad, de 30 por 45 centímetros de dimensión. Digo “pequeño recuadro” porque el *Diadetiemarai* es un periódico con gran formato de 1.50 por 2 metros. Nada que ver, en tamaño, con el formato habitual de los periódicos terráneos, que leemos mujeres y hombres. Cosa explicable –lo del gran tamaño– si se tiene en cuenta que lectores comunes del





periódico son tanto aves y pájaros, como peces y animales terrestres, lo mismo insectos con diminutos ojos, que grandes mamíferos con ojos de buey.

Dicho lo anterior, hablemos del contenido, es decir, de lo que viene dentro o puede leerse en el recuadro publicitario. En pocas palabras: Se trata de un anuncio convocando a una Gran Asamblea.

En páginas interiores del diario, concretamente en un artículo de opinión, se explica y apoya la convocatoria de la Gran Asamblea. El artículo lo firma Tija que, según mis indagaciones, no es otra que Lagartija, la Directora actual del periódico. La página lleva como título un **¡YA ES HORA!**, con signos de admiración incluidos, cosa poco habitual en *Diadetiemarai*. Tija argumenta que “¡ya es hora!” de poder decir *las peces* sin que te lo prohíba la Gramática, o *las pájaras* sin que la palabra signifique algo malo. Eso para empezar. Además la Lagartija afirma, en su artículo, que ya

lleva muchos años, siglos y milenios, el león como rey de la selva. Ya es hora de que reine la leona o el águila real. Tija es una directora sabia, espabilada e inteligente. Lo más fuerte de su artículo es esta frase: “Ya es hora de que los machos dejen de mandar y las hembras puedan opinar y decidir. ¡También nosotras tenemos ideas propias!”.

A raíz de este anuncio en el periódico, se armó un gran revuelo en tierra, mar y aire. Cualquier observador imparcial podía constatar un movimiento frenético de idas y venidas, pequeños corrillos, mensajes en móviles, e-mails en Internet, incremento de empleados y empleadas en las empresas de mensajería, correveidiles, es decir, gente que lleva y trae noticias, rumores, dimes y diretes.

Una comadreja de cuerpo esbelto y pelaje muy suave se tronchaba de risa. Y el cóndor, desde lo alto, contemplaba majestuoso el agitado ir y venir.

Poco a poco, día a día, se fue concretando la propuesta. Todas y todos estaban invitados a reunirse en una pradera inmensa del bosque. Llegaba hasta allí un pequeño brazo de mar, que permitía la presencia de

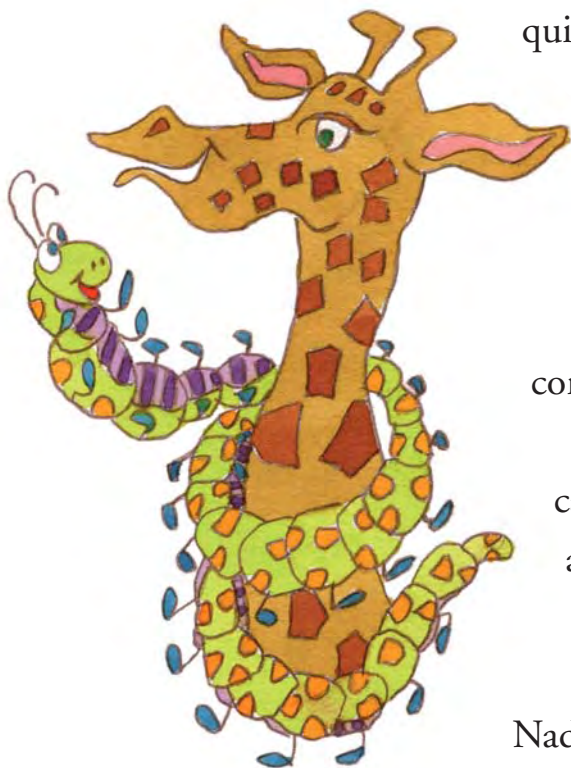
quienes habitan en los grandes océanos.

También en la pradera inmensa había una laguna.

Así que todos contentos.

Se acordó dar categoría oficial a algunos representantes del mundo de los mares y los ríos.

Nadie sabe quién los seleccionó, pero el caso es que allí estaban, en la tribuna, un



besugo, un congrio y un delfín. La hormiguita negra que contemplaba el panorama, levantó una patita y dijo: “Esto no puede ser, hay que alcanzar una representación más paritaria”. El tigre abrió sus ojos de felino y sus fauces de tigre y dijo: “¿Qué es eso de paritaria?”. Y la hormiguita negra, sin asustarse, aclaró: “Bueno, quiero decir más igualitaria”. Se acordó, entonces, que estuviesen presentes en tribuna, además de los reseñados, al menos, una trucha, una sardina y una lubina.

El lagarto andaba malmetiendo en diferentes corrillos. Y la rana dijo: “Croac, croac, hay que ser más serios, hablar las cosas a las claras”. El pato levantó la pata y dijo: “Hay que concretar bien quién o quiénes tienen derecho a votación”. “Es verdad”, dijo la golondrina, “porque yo escuché al orangután decir que las aves no teníamos categoría para votar”. “O sea, las aves no y los pájaros, sí, ¡ay que risa!” gritó la gaviota... “No hay que hacer el censo de votantes, porque todas y todos

tenemos voz y voto”, dijo cantando la oropéndola. Todas y todos lo pudieron escuchar. Y aplaudieron, por lo cual se consideró aprobado por unanimidad. Un grupito de hormigas coreaban: “¡viva, viva, ya tenemos derecho a voto, las hormigas!”, “¡viva, viva, ya votamos las hormigas!”

Una perrilla preciosa proclamó desde el micro: “El león y la ardilla son distintos, pero iguales en derechos, con las mismas obligaciones y deberes. La fuerza física no es el valor más importante, ni la fiereza”. Levantó un pie el ciempiés y dijo: “El ser fuerte y muy alto no es lo que más vale”. Y la jirafa le sonrió y dijo, alargando el cuello: “Vale, vale, lo que importa es convivir en paz”.

Un besugo de kilo y medio pidió la palabra y la paloma, que presidía en aquel momento la asamblea, se la concedió. “Voy a dar un dato que se refiere a mi compañero de tribuna, aquí a mi







derecha, el congrio: Los machos no suelen medir más de sesenta centímetros, mientras que las hembras alcanzan hasta los dos metros y medio. Así es que no podemos pensar que ellas son de segunda categoría, inferiores a los congrios machos”. Hubo una gran ovación y el besugo concluyó: “Gracias, gracias, porque aunque soy un besugo, me habéis dejado hablar y me habéis aplaudido”.

Acto seguido levantó un ala el avestruz y dijo: “Pido la palabra”. La paloma se la dio. “Para que veáis que yo no meto la cabeza bajo tierra o debajo del ala, dedico mi intervención a las mujeres y hombres que me estarán viendo y escuchando, porque sé que esta Asamblea está



siendo transmitida en directo por Eurovisión, por la BBC y por la CNN americana. Nuestra TELETIEMARAI ofrece gratis la conexión a las televisiones que he citado. Así que saludo a los hombres y a las mujeres, a las niñas y a los niños, que nos están viendo y escuchando. Y les digo: No queremos dar lecciones a nadie. Sabemos que sois seres más desarrollados en algunos aspectos, pero sabemos también que tenéis problemas en la relación y convivencia entre hombres y mujeres, serios problemas de sometimiento y discriminación de la mujer. Por eso desde nuestra Asamblea os invitamos a que gritéis con nosotros, si os llega nuestro grito: “VIOLENCIA DE GÉNERO, TOLERANCIA CERO”, “MALOS TRATOS, FUERA”. Lo dijo bien fuerte el avestruz. Y lo coreó la asamblea, de forma que se escuchó en toda la tierra. Luego añadió: “TAREAS DEL HOGAR, EQUIPARACIÓN REAL”. De nuevo repitió la frase la asamblea.

Después un loro, con el micro, empezó a gritar:  
“Ya es hora. Ya es hora”. Y todo el mundo repetía:  
“Ya es hora. Ya es hora”.

Después de muchas horas, a los tres días,  
levantó su pata derecha delantera el león que  
había guardado silencio hasta este momento y  
pidió la palabra. La paloma le dio la palabra con  
una sonrisa y dijo el león: “He escuchado con

mucho interés todo lo que se ha  
ido diciendo, yo sé que  
aunque YA ES HORA



no podemos arreglar las cosas en un momento, pero yo quiero hacer mi aportación. Yo renuncio para siempre a ser el Rey de la selva. Yo propongo, pero ya no impongo. Propongo a la ardilla, porque es muy listilla. La Asamblea de Tiemarai no ha hecho más que empezar. Siguiendo el camino del diálogo, de la tolerancia y la convivencia, seguro que nuestro esfuerzo valdrá la pena. Muchas gracias. Paso mi cetro de Rey a la ardilla como Reina: ¡Enhorabuena! Os deseo a todas y a todos mucha felicidad: Esto no ha hecho más que empezar”.

**Fin**

# Un aire llamado libertad



uando mi madre abría sus largos y bonitos dedos, creaba sombras en la pared.

Entonces, sus manos no parecían manos sino aves cruzando la oscuridad de la habitación. Por obra y gracia de una vela pequeña, mi madre las convertía en mariposas plenas de color, en murciélagos con membranas de plata, en caballos alados. Y si, de pronto, las arrugaba como arañas o insectos que trepasen por la cal de los



muros, a mí me daba miedo y gritaba estremecido:

–Eso no, eso no.

Ella respondía que los insectos también eran criaturas de este mundo y no había que tenerles miedo. Aunque, para complacerme, volvía a extender los dedos y a formar sobre el techo una bandada de pájaros emigrantes.

–¿A dónde van? –quería saber yo.

–Lejos de aquí. Muy lejos –respondía ella con una luz de tristeza en los ojos.

–¿Al sur?

Y mi madre, apartando una lágrima pequeña que siempre temblaba al filo de sus pestañas, susurraba muy bajo, para que nadie en la casa pudiese oírnos:

–Sí, allí. Mira bien sus picos. Ya alcanzan las copas de los árboles. Escucha cómo llegan a nosotros los gritos de la selva. Es el cóndor que otea muy alto. Es la arpella buscando a sus hijos en el pantano. El vientre del yacaré cuando se

arrastra sobre el lodo. Son los sonidos del sur,  
Ahmed. Los sonidos del sur.

Antes habíamos vivido en ese sur del que ella tanto hablaba y yo, al no recordar con exactitud, imaginaba como un paraíso. Lo perdimos cuando mi padre quiso volver a aquel país en el que no llovía casi nunca y todo era tierra seca y montañas.

Por eso yo preguntaba mucho, más que nada por la lluvia. Y es que creía un milagro que el agua cayese durante días enteros.

Naturalmente, la primera vez que ella lo explicó yo lo entendí a la perfección. Pero deseaba que los ojos de mi madre volviesen a brillar de aquel modo. Como pequeñas luces del cielo. Y eso sólo ocurría cuando ella hablaba de su tierra.

—El sur también puede oírse,  
Ahmed. Suena a flautas dulces, igual que el canto de los pájaros o como si al mismo tiempo tocaran caramillos y sonajas, y pífanos y violines.



No podía entender todas las  
palabras que mi madre decía,  
pero sí llegaban a  
mis oídos los  
rumores de los  
instrumentos  
mezclados con  
el aire, ese aire  
puro que sólo  
podía existir en  
las selvas del sur.

Al principio,  
yo pasaba mucho  
tiempo con ella y las  
otras mujeres de la  
casa. Pero delante de  
éstas, mi madre no  
solía hablar de la misma  
forma. Y si lo hacía, la  
miraban mal.





Las otras mujeres, –mi abuela y mis tías–, vivían tan sólo para cuidar la vivienda y a los hombres que en ella estábamos. A menudo se quejaban del poco trajín de mi madre. Y de que la sorprendían leyendo libros lo cual, al parecer, era malo para las mujeres.

Yo tenía entonces cinco años, pero había otros chicos mayores, hijos de mis tías, y estaban también mi abuelo y mi padre, aunque éste paraba poco en casa por su mucho trabajo en el hospital. Todos decían que era el mejor médico del país y al preguntar a mi madre por qué ella no había sido médico, me encontré con la sorpresa de que sí lo era, pero no podía trabajar allí.

No entendí el motivo, como tampoco la razón de que mi madre cubriese su rostro por completo cada vez que salía a la calle. Puede que yo no tuviera memoria del sur, pero sí recordaba que allí no se usaba *burka* y mi madre podía lucir sus hermosos cabellos castaños peinados en una

sola trenza, y hasta llevar faldas por encima de las rodillas sin que nadie la reprendiese.

Aprendí pronto que era una falta muy grave quitarse el *burka*.

Una vez, mi padre llegó a casa con un compañero de trabajo y al encontrar a mi madre descubierta la golpeó. Nunca olvidaré ese momento. Yo me abracé a ella llorando y mi padre nos separó y me llevó a las habitaciones de las otras mujeres.

Algo más tarde, mi madre me dijo que ya no podíamos estar juntos, que yo iba a empezar mis estudios y tenía que aprender a vivir sin ella. ¿Cómo era posible? ¿Acaso se puede vivir sin una madre?



Una noche en que la luna acababa de aparecer muy roja, con el color más intenso de la



sangre, yo no podía dormir, como si un presentimiento espantoso sacudiera mi espíritu. Entonces sentí la voz de mi madre, que se había arrastrado junto a mi lecho sin que nadie lo supiera.

–Ahmed, Ahmed, despierta. Nos vamos.

No pregunté nada, no dije una sola palabra. Cualquier lugar del mundo sería mejor que aquel desierto donde mi madre nunca fue feliz.

De modo que salimos de la casa en silencio, incluso descalzos para no levantar rumor alguno. Y ya en el interior



de un viejo coche, con la única compañía de un extranjero que yo no conocía y cuyo acento me pareció el mismo de mi madre, nos alejamos de nuestra ciudad.

De pronto, ocurrió algo sorprendente.

Al otro lado de las ventanillas no se veían ya los montículos arenosos que conmovían el paisaje, sino que había aparecido un bosque inmenso.

Árboles enormes, que necesitaban más de diez personas para ser rodeados. Pámpanos vencidos hacia la tierra. Miles de orquídeas de los más diversos colores y formas que ni siquiera daba tiempo de ver mientras el coche avanzaba.

—¡Mira, mamá! —grité entusiasmado.

Y al abrir el cristal, un helecho se coló en el interior y nos azotó la cara.

Los helechos eran altos. Eran espigados y tan verdes como nunca había yo visto planta alguna. Trepaban por encima de los montículos y

cruzaban al otro lado de la carretera, de tal forma que el coche iba cortándolos a su paso.

Entonces, a medida que avanzábamos, nos volvíamos verdes, nos transformábamos, nos tomaba el corazón un viento distinto y yo pensé que no podría respirar más.

Empecé a llorar porque tenía mucho miedo. Pero mi madre, abrazándome con fuerza, susurró:

–Lléname los pulmones de este aire. ¿No lo sientes? ¿No notas cómo entra por todo tu cuerpo?

–Sí, sí, pero voy a morirme –gemí.

–No. Es que no estás acostumbrado. Este es el viento más hermoso que existe. Se llama Libertad.

Cuando por fin perdimos de vista las casas, ni siquiera se nos distinguía. La selva nos ocultaba y de habernos seguido mi padre, jamás nos hubiera encontrado.

Sin embargo, quedaba la parte más peligrosa. Al acercarnos a la frontera, empezaron a oírse

terribles explosiones y una de ellas hizo saltar en pedazos la parte delantera del vehículo.

El hombre que nos acompañaba nos hizo bajar a toda prisa. Como pudimos, nos arrastramos detrás de unas rocas. De nuevo, el paisaje era ocre y el viento arrojaba contra las mejillas pequeños granos de arena que herían la piel.

Quise preguntar a mi madre lo que estaba pasando y al volverme vi que se sujetaba las manos contra la cintura y distinguí una mancha de sangre que iba abriéndose poco a poco en sus vestidos.



Hace mucho tiempo de esta historia y ya casi he olvidado cómo fue mi vida en el país de mi padre. Eso sí, recuerdo todavía con horror aquella noche. Aún nos conformaríamos soñando con el sur si no hubiera sido por mi tío Roberto,



hermano de mi madre, ni más ni menos que aquel hombre de acento extranjero que yo no conocía.

Ahora no hace falta que imagine las hermosas selvas tropicales. He escuchado el sonido de las quenas y he probado exquisitas frutas, que muchas veces huelo y acaricio antes de morder, como si no creyera que las tengo en mis manos.

Mi madre, al principio, se reía de mi sorpresa.

Permaneció algún tiempo en un hospital, del que salió encorvada igual que una anciana.

Pero ya está bien.

Trabaja en una clínica y, como es de suponer, no se ha vuelto a vestir el *burka*. ¡Cuánto me gusta mirar sus ojos mientras hablamos!



Me he hecho a mí mismo la promesa de que nunca permitiré que mis hijas sean diferentes. Estudiarán igual que mis hijos, trabajarán y vivirán como mis hijos.

Ah, y les enseñaré cómo se respira sin miedo ese aire llamado Libertad.

**Fin**

# Los ratos



H

ace mucho, mucho, mucho...  
en el país del Tiempo... un  
montón de ratos vivían... casi  
felices. Te lo cuento...

El rato del despertar era uno de los  
más difíciles de pasar, sobre todo cuando debía  
hacer algo que no le gustaba demasiado; pero  
cuando se trataba de ir de viaje o a divertirse, eso,  
era otra cosa. El momento tomaba otro sabor.

El rato del aseo era algo rebelde. A  
menudo, discutía con el rato del despertar



disputándose el protagonismo. Lavarse la cara con agua bien fría hacía desaparecer el rato del despertar; aunque en ocasiones éste se las ingeniaba para que el aseo fuera como el del lavado del gato y así perdurar más.

El rato del desayuno parecía imprescindible, aunque no siempre tomaba el mismo interés. Un vaso de leche, con cereales o galletas, no era comparable a unas tostadas con tomate y aceite o mermelada y con zumo de naranja; y si además había chocolate y bollos de crema, la situación se mejoraba. De todas maneras, cuando llegaba el momento del café bebido era peor, el tiempo se comprimía y este rato se hacía corto y desapacible.

El rato de ir al colegio recordaba a un chicle. En ocasiones se estiraba, cuando se trataba de ir andando y sólo, y otras veces, cuando era llevado en coche, el tiempo se encogía. A veces, el estira y encoje ocurría súbitamente. Cuando en el largo

paseo al colegio se encontraba con amigos o compañeros, el mismo recorrido se encogía y se llenaba de alegría.

Este efecto chicle tenía también lugar en el colegio, en el rato de las clases. Además de estirarse o encogerse el tiempo según el profesor que impartiera la clase, no era lo mismo estudiar la asignatura de matemáticas que la de manualidades o gimnasia. Las clases, como los chicles, tenían diferentes sabores.

También en el colegio, el rato del recreo era especial. Era el más deseado y el que más miedo daba perder. Cada día, siempre aparecía a mitad de las clases y estaba condenado a terminar. Múltiple y variado era: risas, bocadillo, juegos, confidencias, intercambios, planes... Aunque en ocasiones las bromas pesadas hacían pensar eso de... Tierra, trágame.

No obstante, el rato al salir de clase era magistral; bueno, magistral, pero sin maestros.



Ellos con su rato por su lado y el rato de la salida de clase de los alumnos por otro. Aunque, en definitiva, para todos, estaba lleno de deseos por cumplir y de muchos ratos que pasar. No es que fuera un momento de acción propiamente dicho, pero la cabeza se llenaba de diferentes opciones

sobre las que se podía

elegir. Estaban por

llevar a cabo el

rato del paseo, el

rato de la

lectura, el rato

del deporte, el

rato de los

juegos, el rato de

los estudios, el rato

de los amigos, el rato

de la televisión, el rato de la

comida, la merienda y la cena, el rato de la

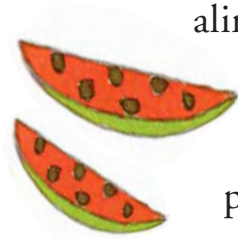
familia, el rato del baño, el rato de dormir...





La mayor parte de los ratos, como puedes imaginar, eran ordinarios, habituales, ratos que más o menos se repetían aunque cada uno tenía su especial sabor y duración. Te explico...

El rato de la merienda se quejaba del rato de la cena. Sirviendo al mismo fin, la



alimentación, un sencillo sándwich o frutas frescas, no podía competir con una cena de huevos fritos con patatas, salchichas y muchas otras cosas más. Además el rato de la

merienda era un poco solitario: alguien y el bocadillo; en cambio, el rato de la cena era más familiar, entrañable y comunicativo.

La diversidad de ratos era grande. Había ratos largos y cortos, ratos agradables y desapacibles, ratos de alegría y de tristeza, ratos de aciertos y de errores, ratos de vaguería y de implicación y, en definitiva ratos que, al parecer, se oponían los unos a los otros.

Este tipo de circunstancias produjo disputas entre los diferentes ratos en el país del Tiempo; de ahí que existiera una cierta infelicidad en sus habitantes los ratos. Los diferentes ratos se sentían en rivalidad y para ganar en fuerza se unían en bandos. Estaban la banda de los ratos largos, la banda de los ratos cortos, la banda de los ratos desagradables y la banda de los ratos apacibles. Por eso, cada vez que nacía un nuevo rato, éste, se identificaba con una de estas grandes bandas. Así, nació el rato de internet y, pasando por las diferentes bandas finalmente se quedó en la banda de los ratos largos. ¡Chaquetero! –le decían los del bando de los ratos apacibles– ya no sabes disfrutar de las cosas, te pasas horas y horas enganchado en la red.

Un día, se anunció la presencia de un cometa. Este brillante cuerpo celeste pasaría muy cerca del cielo del país del Tiempo. Así pues, el bando de los ratos pesimistas, una minoría, se

frotaba las manos; temían una catástrofe y eso implicaba seguidores y nuevos socios en su banda. Todas las demás bandas hacían también su campaña... El cometa pasará corto tiempo por encima de nuestra atmósfera –comentaba la banda de los ratos cortos–... La visión de la cola del cometa será preciosa –decía la banda de los ratos apacibles– y también la lluvia de estrellas que generará será un gran espectáculo...

Llegado el momento de la presencia del cometa por el país del Tiempo todos los ratos se quedaron asombrados. Un brillo esférico lejano y una gran cola luminosa ocuparon el firmamento. Un gran silencio se produjo en todo el país y en el interior de cada rato... La visión luminosa penetró en cada uno de los ratos, una cálida sensación llegó hasta lo más profundo de cada rato y luego se expandió hacia afuera de cada uno. Unas ligeras vibraciones irrumpieron y recorrieron cada rato. Era como si de una dosis de emociones

positivas se tratase... Los recuerdos de vivencias positivas se sucedían en cada uno y, por fin, cuando la visión del cometa ocupaba el centro de la bóveda celeste en todo su esplendor, irrumpió una gran sensación muy, muy especial... La fuerza y la energía inspiradora del cometa recorrían el interior de cada rato... y una resplandeciente luminosidad inundó en el interior de cada uno de los ratos... esa nueva forma de sentirse a si mismos atrajo serenidad, paz, lucidez y comprensión...

Era como estar subidos en el cometa y ver nuestro país desde lo alto, desde la distancia. Cada rato constituía una pieza diferente de un gran rompecabezas que era el país del Tiempo. Los mismos ratos tan diferentes, comenzaban a encajar dentro de una construcción mayor.

Cuando el cometa desapareció del firmamento algo comenzó a cambiar... los ratos se miraban los unos a los otros y reconocían, sin

decirse nada, que algo profundo había operado en ellos. Ya no se sentían tan diferentes, tan opuestos...

El rato del fracaso, que siempre había estado avergonzado por no saber nunca nada provechoso que comunicar, expuso: hoy he comprendido que de mis errores y de mis fracasos vosotros aprendéis.

Cuando veis que algo no sale bien, procuráis no repetirlo.

Mi existencia y mi experiencia, por tanto, están unidas a la de todos vosotros y a la de tantos y tantos momentos diferentes que están por llegar.



El rato del sufrimiento dijo: cuando nací yo no elegí ser el rato del sufrimiento, el hecho de sufrir es indicativo de que algo no va bien y cuando lo reconozco hago surgir ratos de reconciliación,



ratos de alegría y ratos de esperanza y muchas posibilidades diferentes. Ahora lo comprendo...

todos los ratos nos necesitamos... no

importan tanto las circunstancias que nos han llevado a un bando u otro, lo que es realmente importante es la comprensión de este hecho y de que no lo hemos elegido.

Dicho esto, los ratos del país del Tiempo, comenzaron a mirarse los unos a los otros a la cara, a hermanarse, a reconocerse y valorarse como

tales. Organizaron una gran fiesta a la que invitaron a los humanos, con la esperanza de que todos y cada uno de esos ratos habitase en el interior de cada ser humano en armonía y paz, aceptando y comprendiendo las diferencias.

Fin







10<sup>o</sup> Concurso  
de  
Cuento  
No-sexista  
"Gabriela Mistral"  
2007



La Suma de Todos



CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER  
**Comunidad de Madrid**

[www.madrid.org](http://www.madrid.org)